

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 6 de Julio de 1899

Núm. 450



Juegos de niña.

Esplugas.



— ¡ Allá voy !

Mínimas

Según parece, es decir, no lo parece propiamente, se ha decidido á entrar en campaña el verano.

Cuando otra cosa nó, por los trajes blancos, ligeros y vaporosos de las damas. Si vale decir verdad, á mí me gustan lo mismo en el invierno, y no sé si será en virtud de que entonces, con el frío, se me van las memorias de la cálida estación. Pero el caso es que están airosísimas, graciosas, bellas (las mujeres ¿eh?) Cuesta un sentido (moral, claro) el ir por esas calles. Por el ambiente revolotean los impalpables átomos, bañándonos en aire de perfumes, que diría un poeta primaveral; el sol incendia la atmósfera, produce maravillosas irrisaciones y algo así como relampagueos inverosímiles en los ojos. También calienta los cascos, y de ese modo me explico, que con tantas cosas como conspiran á solevantar el alma, nos parezcan, aun las que no son guapas, adorables. Cuando menos desde lejos.

Un amigo mio dice formalmente que todas se le figuran palomas y que le entran antojos de extender las manos y aprisionarlás, temiendo que echen á volar. Sería un espectáculo curioso, ¿verdad, ustedes?

Yo no creo en eso de la volateria aplicada al sexo contrario, pero de buena gana extendiera no digo manos, pero brazos y todo, para evitar que se encaramasen como los gorrones.

Lo que resulta claro y patente es que, hasta ahora, del verano no hemos tenido más prueba eficaz que esa, la de los vestidos de las señoras, y la otra de la ilusión que encienden. He oído decir á un chusco que el ministerio tiene, á poco que estudie el caso, una gran fuente de ingresos á mano para conseguir la suspirada nivelación. Le basta con poner una cuota relativamente módica á cuantas mujeres salgan en la presente época á paseo. Y añade que no dejaría de cobrar hasta el último céntimo del gravamen, porque ninguna es capaz de resignarse á no lucir su garbo.

Puede que si, que salvara la Hacienda hasta el peligro de las ocultaciones.

¿Pero cómo no se le ha ocurrido á Villaverde proyecto tan luminoso?

¡Bah! también se le ha olvidado incluir en el capítulo de las utilidades á los aguadores de Madrid, aunque hay quien asegura que este ha sido un callejón del notable hombre público, por aquello de que nadie sabe como acabará cada cual sus días, si político encumbrado ó particular menesteroso, y también por aquello otro que reza el refrán «nadie puede decir de esta agua no beberé».

O llevaré.

Perdón, no era mi ánimo hablar de presupuestos, ni del ministro, ni de cosas que vale más no *meneallas*... por lo mucho que contristan el ánimo. Pero ¡esa pícara asociación de ideas!

Porque, verán ustedes: yo siempre he oído decir que en el verano viven todos, hasta los animales inmundos, según el dictado común, lo cual en las altas abstracciones filosóficas representa que el verano es la sanción del derecho á la vida. Lo que es que hay políticos que no entienden de filosofías, de refranes, ni de números. Claro, ni de números; porque los números también son filósofos á su manera, sobre todo cuando se aplican á salvar á un pueblo que necesita, no defenderse, sinó vivir.

En fin, doblemos la hoja.

Y para doblarla vámonos al extranjero, como empiezan á irse ya los dichosos mortales que veranean. Es decir, como se van ellos no, en espíritu.

¿Saben ustedes que los yankees me empiezan á parecer inverosimilmente graciosos? Una especie de Manolito Gázquez degenerados.—Manolito bájate de ahí.—«Y yo, tenza que tenza.»—Nada, quisieron ponerse á favor de los filipinos tratándonos de opresores, y ahora MacKinley ha decidido mandar la friolera de *sesenta mil* hombres (legión se llama esa figura) contra ellos. — ¿Los mandará para darles las libertades patrias ó públicas, la independencia que le sirvió de pretexto para combatirnos? — Nó, los manda para... para la conquista del Archipiélago. El presidente de la República se decide á terminar de una vez la medrosa y terrible aventura de los pellejos de vino.

¡Jesús, Maria y José, para la conquista! Ya sabemos el concepto filosófico que de la palabra tienen los yankees!—En eso de filosofar están á la altura de Villaverde.

CLAUDIO UGENA



— Maldita sea la poca resistencia.



Reutlinger.

Cleo de Merode.



Una visita á Tánger.

Peneque

Si *Peneque* hubiera nacido en otra esfera, habría brillado mucho en el mundo, adquiriendo verdadera y justa fama: porque *Peneque* era un poeta de primer orden; pero el pobre no sabía «ni leer tan siquiera», según expresión suya, y tenía que contentarse con trabajar como un burro desde el amanecer hasta la caída de la tarde, tostándose en los días calurosos del estío al sol y helándose en las mañanas de Diciembre.

Conformábase el muchacho con su suerte, sin lamentarse nunca; pues, aunque de una manera bastante vaga, tenía la idea de que nada ennoblece tanto como el trabajo sin protesta. Por eso, indudablemente, se le veía siempre marchar el primero, deseando que nadie le ganase en el pronto cumplimiento de sus obligaciones, con la azada al hombro, entonando con voz clara cantares sentidos y dulces, oyendo los cuales más de una vez se paraba la gente no queriendo perder nota.

Más servicial no había otro en el pueblo y no se recordaba que *Peneque* hubiera negado nunca un favor á nadie.

Que era querido de todos, no hay que decirlo: en los pueblos donde domina el corazón á la cabeza no hay rencores, ni malos quererres, ni cosa que lo valga.

Sin embargo, una vez *Peneque*, (no sé por qué se llamaba así) fué desairado por una niña á la que pidió relaciones. No se inmutó por el desaire gran cosa; comprendió que era imposible mandar en los sentimientos de los demás y se alejó de la reja donde acababa de recibir calabazas, cantando en voz baja:

Si dices que no me quieres
no tengo pena maldita...

Este hecho le acreditó de filósofo.
Sin haber leído nunca novelas por entregas,

por la razón dicha al principio, él tenía gana de enamorarse de alguna muchacha del pueblo, y hasta le habría agradado librarla de algún peligro espantoso. Soñador impertérrito, muchas veces hubiera dado algo bueno por aparecer á los ojos del mundo como un héroe; pero la suerte no está para el que la busca, y él no tuvo ocasión de elevarse por encima de los demás hombres.

Para mí, sin embargo, hizo cosas por las que merece que su apodo (se ignora su nombre), se escriba con letras de oro.

Había una muchacha en el pueblo, sin familia, abandonada á sus fuerzas, bien escasas puesto que estaba enfermucha siempre. A más la configuración de su cuerpo era la cosa más rara y extraña que ha podido verse. De haber cubierto la cara, única parte de su cuerpo en armonía con la naturaleza, cualquiera la habría tomado por Rigoletto ó Cuasimodo. Aquella deformidad de *Petrilla* hacía que todo el mundo le tuviera lástima, pero una lástima que resultaba humillante para la pobre desgraciada.

Peneque era el único que cuando la veía le tenía deferencias delicadas, impropias de su condición de rudo campesino: le hablaba al alma, y la presencia de aquel mocetón era para *Petrilla* algo así como la presencia de Dios para el creyente.

Lo que en el pecho de *Petrilla* empezó por una simpatía profunda, se convirtió bien pronto en pasión avasalladora.

La pobre niña encerraba en su deforme cuerpo un corazón como el de los demás mortales, más sensible tal vez. Esto hizo á la infeliz jorobada estar triste siempre, y sólo asomaba á sus brillantes y negros ojos un rayo de alegría cuando veía á *Peneque* cerca de ella, prodigándole consuelos que nadie era capaz de prodigarle.

No se había dado cuenta el muchacho de la pa-



La soledad será muy bella
para el que quiere filosofar

pero, señores, les aseguro
que no es muy grata la soledad.

sión que sin querer encendiera. Una casualidad se la hizo conocer: cuatro palabras que oyó á otras chicas del pueblo.

La noche que lo supo no pudo dormir *Peneque*. Consideró que si se dejaba llevar de su generoso impulso no podría ser feliz. Temía, por otro lado, ponerse en ridículo y servir de mofa.

—Yo no tengo la culpa — se decía. — No puedo hacer más que lamentar que Petrilla tenga que añadir un dolor más á los que sufre.

Pero esta reflexión, lógica, no le devolvió la tranquilidad, ni trajo á sus ojos el sueño.

Al día siguiente, domingo, fué á la plaza. Allí encontró á la gíbadita. Se fijó en la cara pálida y simpática de la niña y vió que sus ojos negros se fijaban en él con ansia.

—¡Recontra, que no es tan feal!—dijo entre dientes acercándose á ella emocionado.

Al llegar á su lado empezó á hablar de cosas indiferentes, hasta que logró alejarse un poco con la muchacha.

—Petrilla,—dijo entonces apretándole la mano —¿sabes que te quiero mucho?

Sintió la infeliz que le palpitaba el corazón con locura, y bajando la vista al suelo, contestó:

—Ya lo sé, hombre, y yo te lo agradezco más de lo que te figuras.

—Nó, si no es eso. Es que te quiero para casarme contigo.

Petrilla tembló de pies á cabeza: quiso hablar, pero tardó mucho tiempo en conseguirlo, porque la emoción la ahogaba.

—Se van á reir de ti, *Peneque*, y yo no quiero que se rian de tan buen amigo.

—¿Que se van á reir? ¡Contra! ¿Y de qué me sirven á mí los puños? ¿Me quieres tú?

—Desde hace muchísimo tiempo, pero...

—Entonces á casarnos en seguida.

Petrilla lloró mucho y sus lagrimas fueron dulces como jamás lo han sido.

Pronto se arreglaron las cosas. En el pueblo comprendieron todos el generoso rasgo de *Peneque* y todos le felicitaron.

Y lo mejor del caso es que el gallardo mozo fué muy feliz con el amor de Petrilla.

RAFAEL RUÍZ LÓPEZ

Cantares

Por compromiso un avaro
un duro dió de limosna
y el duro aquel era falso!

¡Ay, qué feliz moriré,
si el día en que muera, tengo

tus brazos por ataúd,
por cirios tus ojos negros!

Tu bella boca á un rosal
muy parecida la encuentro,
tiene las flores por fuera
y las espinas por dentro.

¡Mira si seré infeliz!
¡La quiero con toda el alma,
y ella no me quiere á mí!

¿De qué sirve que á los mozos
digas que «nó» con la boca,
si dices «si» con los ojos?

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

BELLAS ARTES



Juegos de ninfas.



Recuerdo del tiempo viejo

Yo he sido joven, aunque me esté mal el decirlo, y he tenido un corazón ardiente, lo cual no significa que ahora tenga otro. Puedo asegurar que es el mismo de antes; pero ya no me arde, ni creo que me ardería aunque lo bañase en espíritu de vino y le prendiera fuego; en primer lugar porque es lo más probable que el espíritu de vino no ardiese tampoco, y luego porque, á juzgar por las muestras, mi susodicha entraña debe haberse convertido en materia incombustible.

Me mira unà rubia... y nada.

Me mira una morena... y como si no.

Me mira una castaña... y se lleva la grande *idem*, porque continuo más fresco que una lechuga.

Únicamente cuando me mira una negra siento algo así como... ganas de echar á correr.

Pero en mis años juveniles era otra cosa, ¡vaya si lo era!

Entonces era tan inflamable que me río yo de la dinamita, de la melinita, de la roburita y de todas las itas habidas y por haber.

Recuerdo que cuando tenía diecinueve ó veinte años fué á verme mi ama de cría, y llena de entusiasmo ante mi incipiente bigote, me plantificó en el carrillo izquierdo un beso apretado, pegajoso y sonoro, en fin, un beso... de ama de cría.

Pues bien, las consecuencias no se hicieron esperar: tuve siete flemones seguidos en el lugar del siniestro y una irritación que no desapareció hasta que hube bebido catorce decálitros de zarzaparrilla de Honduras.

Pero no nos metamos en más honduras; dejemos los flemones y vamos al grano.

El grano que yo tenía por entonces pertenecía al gremio de modistas. Tenía los cabellos de oro, los dientes de perlas, los labios de coral, el cuello de alabastro: una verdadera riqueza, á pesar de la cual ella no poseía un cuarto y yo raras veces reunía la peseta indispensable para que tomásemos en amor y compañía un par de cafés con leche y medio panecillo con manteca. Ella, mi Virtudes, se comía la tostada y recompensaba mi esplendidez mirándome con cariño y estrechándome tiernamente la mano con sus deditos de marfil impregnados de líquida mantequilla.

Inútil es decir que después de tan afectuosas

demostraciones, los dos nos chupábamos los dedos, y sosteníamos misteriosamente diálogos tan transcendentales como el que sigue:

—¿Me quieres mucho, rica?

—Sí, vidita: ¿y tú á mí?

—¡Con toda mi armal!

—¿Eh?

—Quiero decir: con toda mi alma... Como tengo una vecina andaluza, se me pega el modo de hablar.

—¡Ah! ¿Tienes una vecina andaluza? ¡Buena estará la tal vecina!

—No lo creas, siempre anda con cataplasmas y paños calientes...

—Quien ahora anda con paños calientes eres tú...

—¿Dudas de mí?—exclamaba yo con acento trágico.—¿De mí, que sueño contigo por lo menos cuatro veces á la semana?... ¿De mí, que hoy mismo te hubiese comprado un corte de vestido de veinticuatro reales y medio y sólo desistí de mi propósito porque para realizarlo me faltaban seis pesetas?

Virtudes me miraba con enternecimiento: era evidente que sus sospechas habían recibido un rudo golpe.

—¡Qué malo eres! —murmuraba.— Bien sabes engañarme... Pero esa vecina...

—Hija mía, si tiene cincuenta y tres años, es bizca del izquierdo, chata, pelona y con los dientes como fichas de dominó...

—Entonces ¿por qué la has nombrado?

—Porque las mujeres feas y de cincuenta y tres años, cuando son andaluzas, hablan en andaluz y al que las trata con frecuencia se le puede pegar el acento y... Pero doblemos la hoja y dime que has hecho tú hoy.

—He estado acabando una falda de boda para la hija de la condesa del Miriñaque que se casa con el sobrino del banquero Trampantojo... ¡Si vieras cuántas cosas se me han ocurrido mientras cosía!...

—Yo, que siempre he penetrado más que un proyectil maüsser, adivinaba desde luego las cosas á que mi novia se refería; pero disimulaba] y excitábala á contármelas.

Es claro: la cándida paloma había estado pensando que hubiera valido más que el vestido fuese para ella que para la hija de la condesa que parecía un bacalao sin remojarse, y que yo la llevase á la vicaría y luego á la Iglesia, vestido de levitá ó de frac; y después nos fuésemos á celebrar la boda á Fornos; y después... ¡Parece mentira las cosas que se le ocurren á una modista, aunque se llame Virtudes, cuando está cosiendo una falda de boda para la hija de una condesa!

Yo la escuchaba embelesado, y si el café estaba desierto y el mozo vuelto de espaldas, premiaba el inmenso amor que suponían todas aquellas hipótesis con un fuerte abrazo.

Luego me desposeía heroicamente de la única

peseta que me acompañaba, y salíamos del café para continuar nuestra conversación por las calles de la villa y corte.

Esto duró un par de meses, al cabo de los cuales se realizaron en parte los dorados sueños de Virtudes.

Salvo lo del vestido de boda, y mi traje negro, y nuestra ida á la vicaría y al templo y á Fornos, todo lo demás fué llevado concienzudamente al terreno de la práctica.

Y en el resto de aquel año tuve más Virtudes que las teologales y las cardinales juntas.

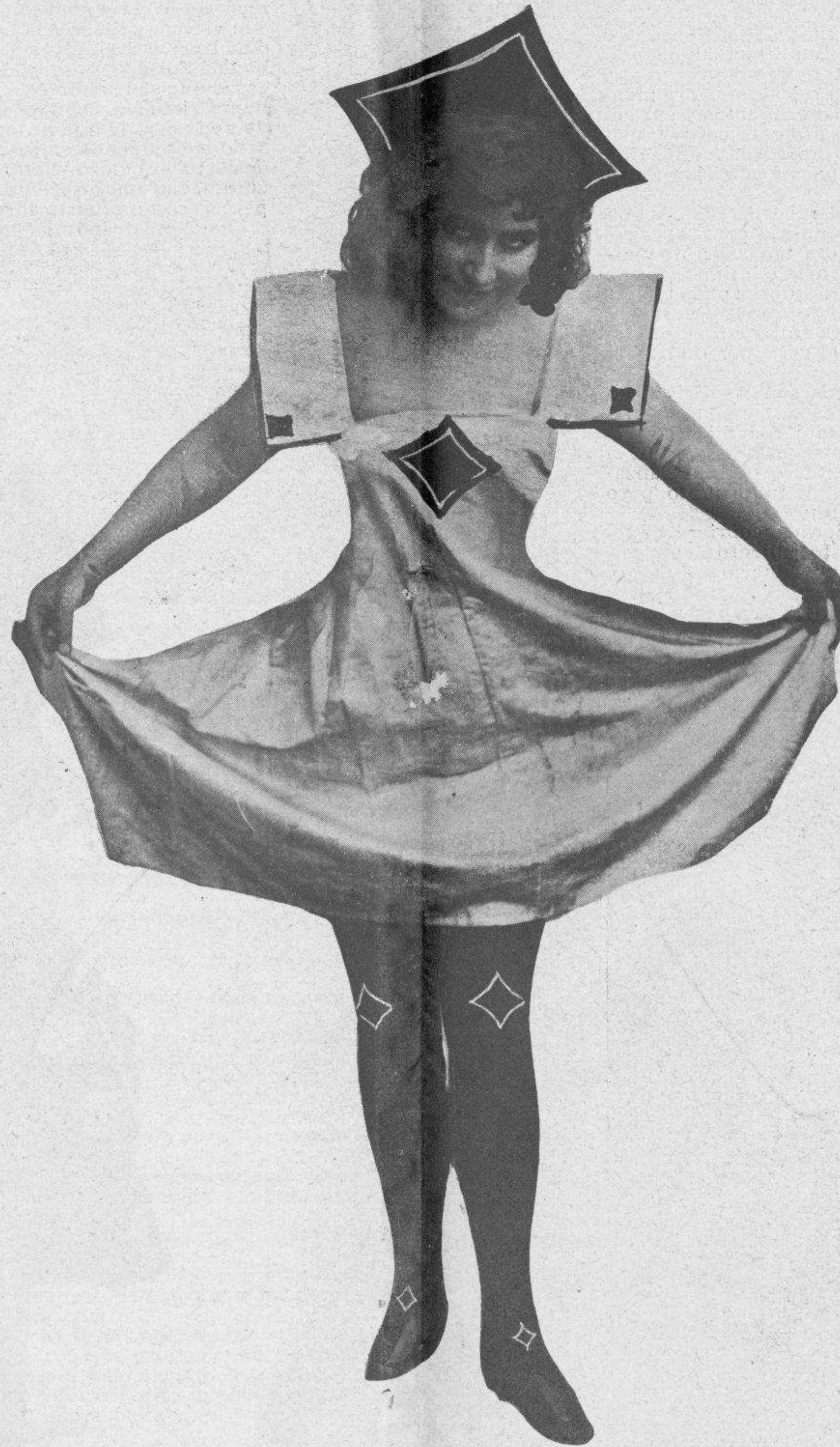
Lo cual demuestra que, como dije al principio, mi corazón era entonces un bota fuego.

BLAS QUITO



Baraja francesa.

The Standard.



BACARRAT

Un alma buena

Casó, y en segundas nupcias, don Andrés Orbejillo cuando su edad frisaba con los cincuenta y pico. Ni el amor, ni afecto alguno inspiró aquel matrimonio, pues si para don Andrés era asunto de intereses y buen orden, como ha de verse más adelante, para su consorte significaba el triunfo de los sueños de mozueta, que aun como tal pasaba, no obstante sus veinticinco.

Hubiera deseado Matilde Sandivar (que este y no otro era el nombre de la nueva señora de Orbejillo) haberse enlazado con guapo y arrogante mozo, que por su postura y elegancia hubiera causado envidia á las amigas y sido digno dueño de los encantos que adornaban su personilla; pero, ni su carencia de recursos, ni el ambiente y sociedad en que se había criado, eran los más á propósito para proporcionarle tamaña ventura. Tuvo, por tanto, que contentarse con don Andrés, cuya figura, vulgar y prosaica, no era de las que alborotan y cautivan á las muchachas soñadoras, y unirse á él sin más fin ni objeto que estar casada y ser mujer de su casa.

De formas redonditas, andar gracioso y picaresca cara, era Matilde lo que pudiera llamarse una bonita figura, si bien tan escasa de perfecciones morales, como rica en encantos físicos. En desigual pareja marchaba con su esposo, segura de que sus atractivos eran lo bastante buenos para llamar la atención de propios y extraños, haciéndola deseable, puesto que á lo ya dicho, unía lo de ser fruta del cercado ajeno.

Los cuidados y atenciones de una hija, ya moza, que don Andrés tuviera del anterior matrimonio, forzáronle á buscar nueva compañera de vida, pues sus ocupaciones le obligaban, más á menudo de lo que su gusto fuera, á dejar en solitaria y triste existencia á la joven.

Luz, la hija de Orbejillo, era una espigada moza de diecinueve años, harto aburrida de la existencia que llevara hasta entonces. Recibió á su madrastra como amiga, y como compañera hubo también de tratarla Matildita, diminutivo que le fué aplicado desde luego, decididas á prestarse mutuo apoyo para campar por sus respetos, sin que les fuera á la mano don Andrés con recon-

no alcanzaría á hacer el pobre señor y con altiveces que no sabría sentir.

Luz era coquetuela, presumida de sus encantos y con sus puntas de mari-sabidilla, no habiendo podido antes de ahora entregarse á los antojos de su alma, por miedo á las rejas que moralmente se elevaban entre sus pensamientos y sus acciones; por eso se avino fácilmente con su madrastra, quien, algo más picardeada que ella, podía darle ciento y más una en consejos femeniles.

Al principio las cosas marcharon bien, y don Andrés dábase por muy contento con haber reedificado el hogar de manera tan apacible y dichosa para todos; las confianzas é intimidades de las dos mujeres llenábanle de júbilo; pues temor, y muy hondo, había tenido de que la diversidad de genios y caracteres entre mujer é hija, pudiera trocar en infierno aquella casa, para la cual él deseaba un paraíso.

Pero, ¡cuán poco duraderas son las dichas humanas! Mientras don Andrés se consumía y afanaba en el trabajo, ellas, mujer é hija, con la libertad que á Matilde daba su estado, y á Luz el ir con su madre, si bien lo fuere política, lanzábanse á correrías honestas de todo punto, pero peligrosas para mujeres tan jóvenes.

No faltó desde luego quien descubriera aquellas palomitas que con tantos alientos emprendían el vuelo, y halagos y seducciones fueron



Suiza. — Cercanías de Berna.



Poetizando la vida.



Con ganas de juego.

puestos en práctica inmediatamente para rendir aquellos corazoncitos.

Sin malicia ni pensamientos pecaminosos, dejóse Luz enamorar por un capitán de dragones, mientras Matilde, no obstante su posición delicada, aceptaba los piropos y requiebros de cierto galanteador de oficio; en los amores de la primera no había motivos de censura, pues por sus pasos y trámites podían llegar á verse sancionados con intervención de la Iglesia, mientras que en los de Matilde todo era infamia, deshonor y traición.

Y así siguieron las cosas. Matilde toleraba y protegía los amoríos de Luz, para que ésta (que no había sospechado sus devaneos) la dejara en libertad de acción y no fuera testigo molesto en lo presente y tal vez acusador en lo futuro; en cuanto al bueno de Orbejillo, tranquilo vivía creyendo que si Luz entraba en noviazgos, no sería sin que la escudasen la salvaguardia y vigilancia de Matilde. Cierta que ya en la casa andaba todo manga por hombro, lo que desesperaba á don Andrés hasta el punto de intentar poner orden en cosas tan ajenas de su carácter y de sus negocios. ¡Tal hiciera! Revolvieronse ambas mujeres, y antes que perder la libertad de que gozaban, declararon ser capaces de todo, ¡que lo entenderá bien don Andrés! ¡de todo! Y así vino el desbarajuste. Luz, preocupada con su bizarro capitán, tan sólo en paseos y diversiones paraba atención; mientras Matilde, entregada por completo á sus ilícitos placeres, se dejaba adormecer por ellos y arrastrar por la corriente que la envolvía, conduciéndola al abismo. Don Andrés sufría cada día un nuevo disgusto, pues tan pronto eran las atenciones de casa las que se daban de lado, como las que á él se le debían. Su natural bondadoso sólo servía para que fuesen más duras las pesadumbres. Viviendo así, el pobre dolíase de su suerte, y viéndose casi siempre solo,

abandonado y sin la tranquilidad que él había apetecido, solía decir entre lágrimas: — ¡Son malas, muy malas; abusan porque saben que las quiero!

Sucedió lo que tenía que suceder: un cambio de guarnición alejó de Madrid al novio de Luz, sumiendo á la ilusa en la más triste de las penas, no obstante los consejos que Don Andrés le daba, diciéndola sin cesar: — No te apures, quedan otros, y en último caso, hija mía, te queda tu padre.

Mas no pararon ahí las cosas, la catástrofe vino por el lado de Matilde; un regaño sin importancia la hizo tronar con su amante, y cuando creía ella que, disipada la nube, volvería él tan rendido y amoroso como siempre, sufrió el desencanto de ver que todo había sido pretexto inventado por su compañero de adulterio para separarse, harto de gozar unos encantos que, si al principio habíanle sido apetitosos, ahora le fastidiaban soberanamente.

Matilde no reparó en nada, y con gran estupefacción de su esposo, dió rienda suelta á su dolor, pues habiendo ocupado por completo su alma aquellos amores, no podía resignarse á que los funerales de éstos se hicieran en silencio.

Don Andrés pasó á consolarla, creyendo que un disgustillo de poca monta era causa de aquellos dolores; pero su asombro fué cuando Matilde, casi repitiendo la misma cantinela que Luz, declaró sus tristezas con abandono y aturdimiento tales, que fueran sublimes si no obedeciesen á un instinto de rabia, impúdico y criminal.

Pero él era bueno, y olvidando por completo su honra y dando de mano á lo que tan natural ha de ser en el hombre que villanamente se ve herido en su honor, sólo pensó que Matilde, la *suya* (si bien lo hubiera sido también de otro)



Entre palmas.

La Saeta

sufria. Y la consoló, diciendole casi las propias palabras que para el amor puro de su hija tuviera. — No llores, porque te quedo yo; yo, que perdono, y que culpable y todo como eres, guardo para ti todo mi inmenso cariño. Olvida lo pasado, dignificate, vuelve á mí y llora, que cuando

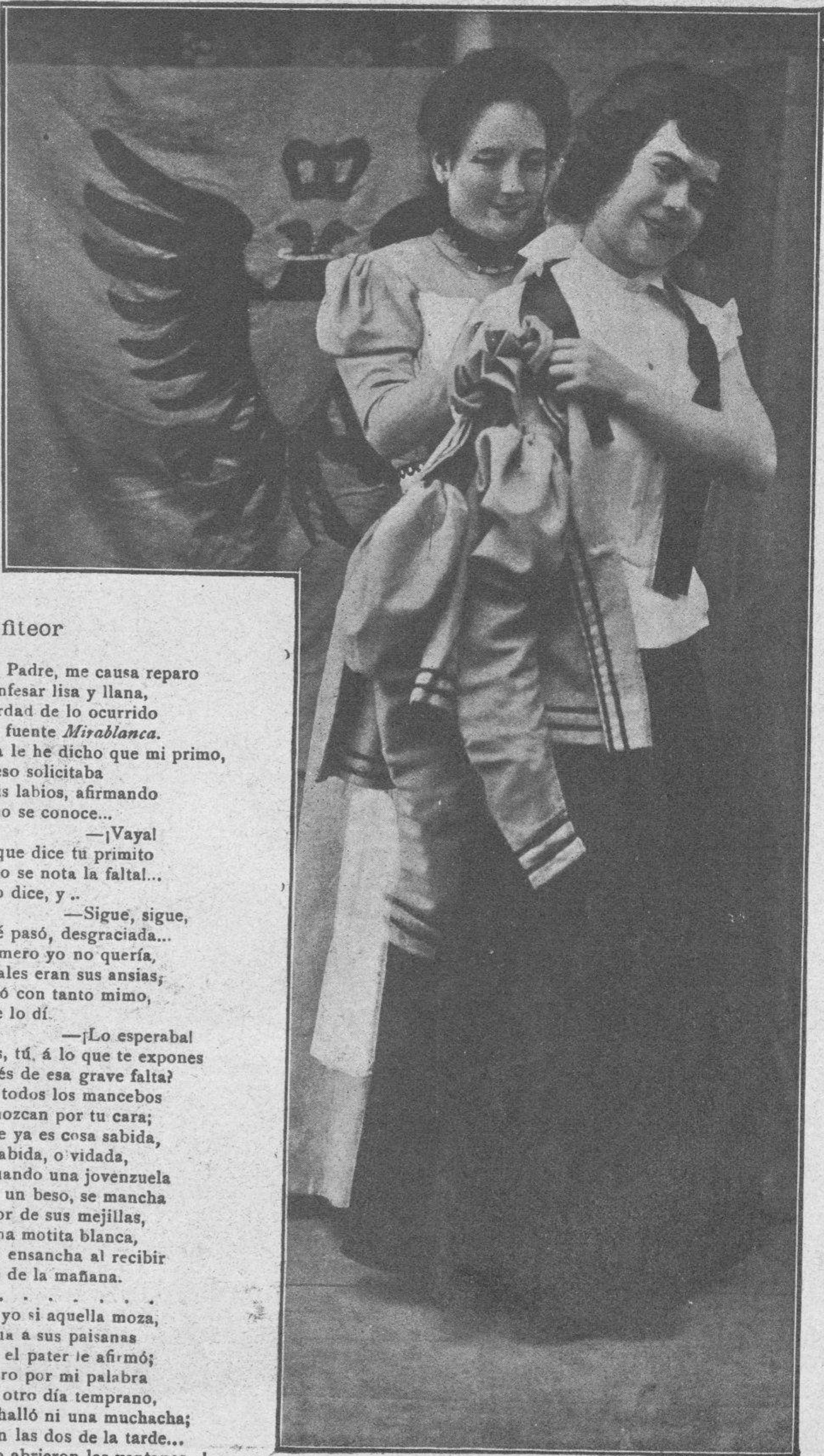
dejes de llorar, sólo conservarás de tu falta lo que de un sueño, el ligero recuerdo, y tendrás energías para lavarte de la culpa.

Aquello era un alma con resignación digna de un santo, y que nadie, ni Matilde misma, podía comprender,

AGUSTÍN R. BONNAT



Preparándose para volar.



Confiteor

— ... Padre, me causa reparo
el confesar lisa y llana,
la verdad de lo ocurrido
en la fuente *Mirablanca*.
... Ya le he dicho que mi primo,
un beso solicitaba
de mis labios, afirmando
que no se conoce...

— ¡Vaya!
¡con que dice tu primito
que no se nota la falta!...

— Eso dice, y ..

— Sigue, sigue,
di qué pasó, desgraciada...
— Primero yo no quería,
mas tales eran sus ansias;
insistió con tanto mimo,
que se lo dí.

— ¡Lo esperabal
¿Sabes, tú, á lo que te expones
después de esa grave falta?
á que todos los mancebos
lo conozcan por tu cara;
porque ya es cosa sabida,
y de sabida, o vidada,
que cuando una jovenzuela
recibe un beso, se mancha
el color de sus mejillas,
con una motita blanca,
que se ensancha al recibir
el aire de la mañana.

.....
No sé yo si aquella moza,
contaría á sus paisanas
lo que el pater le afirmó;
mas juro por mi palabra
que al otro día temprano,
no se halló ni una muchacha;
¡Y eran las dos de la tarde...
cuando abrieron las ventanas...!

J. ENRIQUE DOTRES

Cuida de que entre bien, porque sinó...



Dolor desesperado.

La historia en broma

El sultán de un imperio que floreció cuando en España no se bailaba aún el zapateado, y que está más arriba, conforme se tuerze á la derecha, de donde Cristo dió las tres voces, (ya ven ustedes si es fácil averiguar la situación exacta del país) ese sultán, digo, era adorado, reverenciado y sublimado por sus súbditos, los creyentes.

Tenía, sin embargo, un defecto. ¿Quién no los tiene por sultán que sea?

El defecto de recibir en cuclillas á la Corte.

Esto violentaba mucho á los bajáes, á los caballeros, y sobre todo á las damas.

En cambio, tenía contentísimos la imperial costumbre á dos personas. Al sastre y á la lavandera.

No hablo del zapatero, porque el sultán no gastaba más cuero que el de sus pies. Ya ha reconocido la Historia, al cabo de muy duras investigaciones, que en los tiempos remotos de que se habla las costumbres eran sencillísimas. No se habían inventado los tenedores ni las cucharas.

Calculen si sería sencillo el tal Príncipe que siempre salía á pie, sin temor á los guijarros ni á romper las botas. Verdad es que tampoco se conocían los trollers, los automóviles ni las bicicletas. Tampoco había importado el Egipto (hay quien dice que no fué el Egipto, pero la duda no está probada) la desastrosa moda de los palanquines.

En estas correrías le acompañaban dos esclavos, que iban á su diestra y á su siniestra como el buen ladrón y el malo, aunque aquí resultaba al revés: ellos los Cristos; y cuando el regio personaje quería distinguir á cualquiera de sus vasallos, se apoyaba en los hombros de aquellos edecanes, levantaba un pie y lo daba á besar, ceremonia que se componía de dos partes: una el beso y otra el soberano puntapié que recibía el favorecido, quien daba la espalda oportunamente.

En una de estas correrías encontró el sultán á un sujeto que se entretenía lanzando al aire por un tubo de caña burbujas de jabón. El tal se hallaba tumbado en tierra, y en esta actitud le halló varias veces la corte. Curioso el emperador, quiso saber el objeto de tan rara maniobra, y aquel guasón, padre de todos los guasones habidos y por haber, hasta de Romero Robledo, le dijo:—Señor, sé que vas á modificar el gobierno de tu país, y hago ejercicios para desempeñar un ministerio. — El sultán se echó á reír, le dió á besar el pie y siguió su camino.

Pero efectivamente, tiempo adelante el padre de los creyentes padeció una enfermedad y fué preciso practicarle la transfusión de sangre. Prestóse á dar las de sus venas un zapatero que le tenía mucha inquina, á pesar de lo cual era filósofo. Y ya sano el grande entre los grandes, sintió la manía de las reformas y de los inventos, dando á luz el sistema constitucional. Nombróse un gabinete de notables, que ejercieron su cargo con leal saber y entender; pero buena fué la que se armó. Los bajáes, los caciques, los señores protestaron, y hasta el propio emperador, viendo que su omnímodo poder iba con tantos remiendos como sus calzas, determinó hacer una nueva reforma, radical, absoluta: suprimir los ministros y volver á su sistema viejo, con la ventaja para él de poder recibir á las gentes en cuclillas y continuar descalzo, cosas que no le permitía la Constitución.

No pudo conseguirlo, sin embargo, porque aquella máquina infernal había levantado de cascos



La odalisca.

á su pueblo. Ante este nuevo conflicto el sultán se rascó la punta de la nariz, dió una patada á su secretario, y mandó llamar al hombre del canuto de caña. En cuanto éste estuvo en su presencia le dijo el señor: Tú eres el más sabio de mi imperio. Encárgate de formar gabinete; pero ya sabes que necesito ministros que aprendan á estar tumbados y sepan hinchar bombas de jabón.

El guasón aquel instituyó una Academia de ministros, y lo que no ha averiguado la Historia es quien trajo á Europa las útiles y prodigiosas enseñanzas del sabio.

CLAK

MISCELANEA

No daría por ti cuatro pesetas — decía un andaluz á un gallego que se paseaba por la plaza.

—La capa que llevo vale más; — contestó el gallego.

—¡Es que cuento la capa, señor farruco!—repuso el andaluz.

Quando te veo en la Iglesia,
pienso al momento en tu vida,
y siempre digo lo mismo:
« Que Dios te salve, María ».

Si no existiera el recuerdo,
ya me habría muerto yo;
sólo de recuerdos vivo,
desde que mi amor murió.

Que tiene rojos labios,
dicen de Lola,
y es que la presumida...
se pinta sola.

JOSÉ YRUELA.

Estaban predicando en cierta iglesia. Entra un soldado, coge una silla y se sienta. Poco antes de concluir el sermón se le acerca la alquiladora de sillas y le pide un real.

—¡Un real!—exclamó el soldado, que ignoraba la costumbre de pagar las sillas.—Si yo tuviese un real... ¡no me vería usted aquí!

Preguntado un diácono, que iba á ordenarse de presbítero, de qué manera había de prepararse para decir misa, respondió al Obispo:

—Lo primero será, Ilustrísimo Señor, cuando vaya á la sacristía á revestirme, ver dónde pongo el sombrero y el manteo para que no me los roben ni me los empuerquen.

Registrando un curioso el archivo de un grande de España, encontró el original de una carta que á uno de sus antepasados remitió el alcalde de su pueblo titular, concebida en estos términos:

« Excmo. Sr. Duque de T... Muy Sr. mío: mañana es el santo patrón de este pueblo de que V. E. es titular, y en celebridad habrá por la mañana una función de Iglesia de cinco mil demonios. Por la tarde se correrán seis toros, y si V. E. se digna asistir, serán siete. Soy siempre de V. E., etc. » (Histórico).

Preguntáronle á un alguacil de cierto pueblo, qué edad tenía su hermano mayor, albéitar de la misma vecindad.

—De aquí á dos años,—contestó,—los dos seremos de una misma edad.

Una pobre mujer fué á quejarse al alcalde de su lugar del mal trato y tundas que le daba su marido.

Llamóle el alcalde para reprenderle, pero el marido se disculpó diciendo que su mujer era una embustera, pues lo más que hacía cuando reñían era darle algunos golpes con el pañuelo...

—Pero es de advertir, señor alcalde (interrumpió la mujer), que mi marido se suena con los dedos...

Carta charada

Estimado amigo: Estoy sin un cuarto, 2.^a 3.^a 1.^a para descansar, 2.^a 4.^a 1.^a que me dé sombra, 2.^a 5.^a 5.^a para montar, 2.^a 1.^a 2.^a 5.^a, donde esconderme; en fin, que estoy con una 1.^a 5.^a que no tengo 2.^a 3.^a 4.^a para presentarme en *todo*, que como sabes está en la estación de 5.^a 4.^a, donde me espera mi 1.^a 1.^a tuyo 3.^a 1.^a 4.^a

LINCO.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 — Nombre de mujer.
- 2 3 4 5 6 7 — Impresión que producen las emanaciones.
- 3 4 5 6 7 — Dignidad de Inglaterra.
- 4 5 6 7 — Pueblo de Zaragoza.
- 5 6 7 — Nombre genérico de los animales.
- 6 7 — Tercera persona de un verbo.
- 7 — Consonante.

A. ARROYO MANJÓN.

Jeroglífico

D
A

LINCO.

Tarjeta

Luisa Sáinz de Tudela.

Con el anterior nombre, y sin variar el orden de las letras, eliminar algunas de éstas, de modo que resulte con las que quedan el título de un semanario ilustrado.

IGNACIO CANAS.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADA. — Jatibónico.

CA
ROMBO. — Z A Z A
RE S A RE
Z A Z A
CA

CUADRADO. — M A Y O
A M A R
Y A R O
O R O S

TARJETA. — Cada oveja con su pareja.

Correspondencia

Don Serafin. — Sí, señor, la cosa es clara:
¿quién niega, don Serafin,
que este mundo es un fandango?
Pero fuerza es convenir
en que se puede á la par,
como dijo Abdul-Hamid,
componer versos muy malos
y ser un buen bailarín.

R. V. D. — La letra que usted tiene, amigo mío,
me admira, me entusiasma, me embelesa;
tiene rasgos *mú propios* de Torío
y rasgos elegantes de la inglesa:
con ello alcanzará palmas y honores,
y sepa usted que mi opinión es franca,
si logra que le den... otros señores
un empleo en cualquier casa de banca.

A. C. O. — «Dígame qué hará con esto.»
— Muy sencillo, echarlo al cesto.

Otrosí. — Otro sí que me amuela y me importuna
hablando en sus versitos de la luna,
del *aura semoviente*
y del sol que nos tuesta y achicharra;
de la *canora* fuente,
y del triste plañer de la guitarra;
y de este modo sucesivamente,
urdiendo disparates sucesivos,
por culpa de los torpes adjetivos.

R. S. M. — «Déjame niña amada
que te dé un beso,
déjame hacer un lazo
de tus cabellos,
déjame que me aduerma
sobre tu pecho...»
¡Si viera usted qué cursi,
qué cursi es eso!

Z. M. — No le publico la poesía,
porque su novia le arañaría.

A. G. S. — Sí, señor, estoy conforme
conque cualquiera es ministro;
conque tiene usted aptitudes
para oficiar de político;
conque ésto esta muy malo,
y más que malo, perdido;
conque Sagasta es abuelo
(gracias á sus nietecitos);
con todo, en resolución;
pero no veo el motivo
de que usted, heroicamente,
para contar lo que he dicho
y lo que callo, nos largue
doscientos endecasílabos.

Sochantre. — No lo dudo, no, señor;
será usted un buen sochantre,
pero un buen poeta, nó.

E. A. — Muchas gracias, estimando.
Me quedo con la patrona,
que no me parece mal.
No sirve la chirigota.

Sarrasín. — ¡Cuando digo que tiene used salero,
y otras gracias que dejo en el tintero!
«Señor mío, en conclusión,
»protegerle es por demás.
»Leí su contestación
»y aprovecho la lección
»para no escribirle más.»
Saber quisiera, amigo Sarrasín,
por qué no escribió el otro envío *asín*,
ó por qué salió usted con la manía
de burlar á la pobre ortografía,
pretendiendo que yo fuera tan lego
que no le conociera á usted el juego.

J. D. V. — «Me dijeron que te hallabas
»en un hospital enferma;
»llegué, te vi, te besé
»y te moriste de pena.»
No me beses, no me beses,
déjame vivir en paz...
¿qué tiene usted en los labios
que así matan, camará?
¿Y á eso le llama usted gotas de cera?
Llámelas de un veneno *cualquiera*.

A. R. M. — «Vivo el sonido de la locomotora y el
sudexpreso bostezando metálicamente comenzó á co-
rrer á deslizarse...»

Me ha partido usted; me ha dejado usted sin inspi-
ración y no puedo seguir hablando en verso: ¡ahora
que le iba tomando afición al sonsonete! Pero quién
diablos retiene á las musas, si oye que «la tarde deci-
nando oscurecía el paisaje y las crestas de las monta-
ñas ardían, y que el tren se perdía con estruendo, acom-
pañado de las fantásticas sombras que producían las
luces de los coches sobre las *escabruetas* paredes del
mismo? ¿Tenemos otro Rueda en perspectiva, santo
Dios?

«Jadeante el tren rompió de nuevo su vertiginosa
marcha...»

No digo las musas, sinó que *hasta* yo caigo de es-
paldas y tengo que interrumpir la tarea.

R. C. N. — *Teodosio*. — L. V. Z. — C. N. — *Rigoletto* —
F. O. — A. Y. — No puedo complacerles.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscrip-
ciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.



GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

GRANADA - J. J. J.

LA SAETA



20 cents.

Núm. 451

